

## **EL BIEN MÁS PRECIOSO**

Carta de Monseñor Agustín García-Gasco, Arzobispo de Valencia

Saber valorar las realidades adecuadamente es lo que permite al ser humano orientar su vida y modelar su persona. Esto ocurre tanto en el orden individual como en el orden social o comunitario. Resulta de gran importancia determinar en qué consiste lo más valioso y actuar, moral y políticamente, en consecuencia. Juan Pablo II, en la Exhortación apostólica *Christifideles laici*, aviva la percepción acerca de que «la dignidad personal es el bien más precioso que el hombre posee, gracias al cual supera en valor a todo el mundo material».

.

Todo el mensaje del Evangelio ilumina de modo radical y definitivo este valor del ser humano. La Buena Noticia de Jesucristo tiene capacidad real de fecundar las culturas y de dinamizar a las personas para profundizar en el auténtico bien. La pregunta «¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si después pierde su alma?», que el evangelista Marcos pone en boca de Jesús, tiene una riqueza humana extraordinaria. Contrapone, por un lado, el mundo entero, con toda su riqueza y su poder, y, por el otro, la nobleza y al mismo tiempo la pequeñez y la fragilidad del alma concreta e individual de un solo hombre. y afirma, contra la lógica de los poderosos, de los influyentes, de los ambiciosos o de los pragmáticos que vale más el alma, la dignidad de una sola persona que el mundo entero.

.

Las palabras de Jesús «contienen una luminosa y estimulante afirmación antropológica: el hombre vale no por lo que "tiene" -¡aunque poseyera el mundo entero! sino por lo que "es". No cuentan tanto los bienes de la tierra cuanto el bien de la persona, el bien que es la persona misma». Gran parte del pensamiento de la humanidad, tanto de la filosofía de Occidente, como de otras grandes tradiciones sapienciales y religiosas, puede ser interpretado como una búsqueda incesante de este valor de la persona.

.

La confirmación del mismo desde la Revelación cristiana es una invitación a no vacilar ya más, a tener la plena certeza de que acertamos tanto en la teoría como en la práctica, cuando concebimos al ser humano como infinitamente valioso, y cuando actuamos en consecuencia, poniendo al servicio de su desarrollo integral todas nuestras energías personales, sociales y culturales.

.

La dignidad de la persona humana concreta ha pasado de ser un descubrimiento, a ser el principio fundamental de nuestra civilización. Vivir reconociéndonos mutuamente como personas, respetando nuestra misteriosa dignidad, y enriqueciéndonos mutuamente con nuestros dones y posibilidades, es el clima irrenunciable en el que se tiene que ir desarrollando de una manera ya irreversible la convivencia humana entre los distintos pueblos, naciones, familias y personas.

.

Situarse al margen de este modo de entender la convivencia es dilapidar el verdadero capital de progreso humano. No avanzamos en humanidad cuando tenemos más cosas, sino cuando las cosas que tenemos reconocen la dignidad de cada persona y se ponen a su servicio.

.

La dignidad de la persona humana como criterio supremo para enjuiciar la civilización, tiene capacidad para revisar todos los saberes y todas las artes de nuestro tiempo. No puede haber culto religioso, filosofía, ciencia, estética, política, economía, sistema jurídico o cualquier forma de asociacionismo, que no caiga en la más profunda contradicción si no está dispuesta a ponerse al servicio de la dignidad de todos los seres humanos, de todas las personas. Al mismo tiempo, cuantas creencias, argumentos, descubrimientos, obras de arte, avances científicos, acuerdos políticos, fórmulas económicas nos permitan garantizar mejor la dignidad del ser humano, deben ser bien recibidos, vengan de donde vengan.

.

El efectivo reconocimiento de la dignidad de la persona humana en cada uno de los seres humanos, desde su concepción hasta su muerte natural, es también uno de los pilares de la nueva evangelización. Es uno de los signos más claros de la presencia viva de Jesucristo resucitado y del Espíritu Santo en la Iglesia y en nuestro mundo. Desde él obtenemos luz y certeza para orientar adecuadamente el futuro de la familia humana.

Con mi bendición y afecto,  
Agustín + Arz. de Valencia

*Paraula.*  
Valencia, domingo,  
18-XI-2001  
Pág. 2.